

DIVAGACIONES

Manuel Farill / Escuela Nacional de Odontología

Me dices que te vas de México. Que el ambiente capitalino no te permite desarrollarte siendo tú misma. Me lo dices con tu cínica naturalidad y exhalas el humo por tus fosas nasales mientras despanzurras el cigarro que tu mano derecha

(tu mano derecha: delgada, larga, firme. Blanca y elegante. Estudiada y tibia. Capaz de insultar con sus movimientos y de enamorar con sus caricias. Una mano que semeja los tentáculos de las pálidas plantas marinas. Una mano de bailarina de flamenco. El desperezarse de un gato. El suave vuelo de un zopilote. El reptar de una serpiente. Las evoluciones de un pez en su pecera-vitrina. Tu mano: la enredadera que adorna, pero cubre; que luce, pero ahoga. Tu mano: las manos de esos cristos estilizados tan irreales, pero tan admirados...)

sostiene. Tomas el vaso con tus largos dedos y lo observas un instante

(un instante en el que te das cuenta de que para concebir la belleza de los reflejos del cristal y de los hielos hace falta mucho, muchísimo más tiempo. O por el contrario: que no vale la pena gastar tu mirada en esos objetos. Un instante en el que puede pasar cualquier cosa; durante el cual mueren miles de humanos y nacen otros. Un soplo de tiempo exhalado sin ganas; un momento crucial para muchas personas, y para otras, inadvertido. ¿Quién mira el cintilar de una estrella? ¿Quién puede ver la bala recién disparada? ¿Quién percibe el vibrar del ala de la mosca en vuelo? El instante se eterniza, se perpetúa. El instante se borra, desaparece al notar su pequeñez, se esfuma y se diluye en el mar del tiempo...)

antes de volver a decir:

—Me voy a Guanajuato. A la universidad. Quiero estudiar filosofía y letras. Ya sabes, esas cosas me fascinan, me encantan. Aquí en México ya casi es imposible estudiar... compenetrarnos del mundo, percibir la cultura. Y es que estamos dentro del aro, ¿me entiendes? Y los problemas se ven mejor desde afuera, desde donde no son problemas. “Los toros se ven de lejos...” —te trataste de convencer a ti misma—, y la lidia se hace de cerca, de muy cerca. Pero antes debemos conocer un toro; saber que tiene cuernos, conocer su altura, darnos cuenta de cómo embiste...

Yo no digo nada. Me concreto a mirarte. Continúas:

—En provincia puedo hacer cosas que en otros lugares, como aquí, no puedo hacer —explicas tu indefinición—: allá todavía no hay tanto esnobismo ni tanto mercantilismo. La gente huye de esas cosas hasta que es encerrada, y entonces —como por arte de magia, como si hubiera sido hipnotizada— se vuelve, a su vez, comercial y estúpida; actúa para los demás, pierde su orgullo... Se arrastra, se humilla...

Tu boca deja salir sonidos: letras, palabras, frases, oraciones y párrafos enteros por medio de tu voz,

(tu voz: la impuntual. La que llega tarde porque no se dirige inmediatamente a los elementos que forman el aparato auditivo en sí, sino que antes de llegar, acaricia. Se arrastra por mi piel produciendo suaves rozamientos. Tu voz: la grave; la que produce susurros; la que entra por las rendijas. Tu voz: luz suave, sonido de brisa, de hojas que se apartan; murmullo de mar, melodía de río. Tu voz: la espesa; la que inunda lentamente, la que proviene del aire calentado en tus pulmones, la que se difunde cadenciosamente por el aire; la que nos llega como humo azulado y denso; la que conjuga los ruidos de la realidad con los sonidos de la mente...)

que llena el ambiente que nos rodea. Buscas en mi rostro algo que te permita proseguir, pero no lo encuentras. Regresas tu mirada

(tu mirada: triste, inabatable, profunda. Punta de tu personalidad. Esa que lastima en ocasiones como los rayos de sol a través de una lupa; la que refleja las ondulaciones de tu espíritu, como cuando veo por el agujero de un pozo y observo el agua que contiene en el fondo. Tu mirada: la orgullosa, la miope, la agradecida, la generosa. ¡Tu mirada tiene tantas facetas! Como si tus ojos fueran dos vidrios tallados que reflejaran la luz que reciben, o como si abajo de ellos hubiera un foco que quebrara su haz luminoso en muchos colores, y que éstos se llamaran delirio, pasión, ternura, entusiasmo, locura, vanidad, ira, esfuerzo, serenidad, duda, inquietud y paz. Tu mirada: la animal: la penetrante felina, la admirada del ave, la implorante del can, la pérfida de la víbora, la nerviosa del ratón, la fija del pescado, la serena del león, la intranquila del hombre... Tu mirada altanera. Tu mirada: foco que se prende y que se apaga en cada parpadeo irradiando rayos lumínicos con mensajes. La que enciende los objetos, la que a veces es innecesaria...)

al vaso. La luz oscura del lugar te hace lucir irreal. Tu piel

(tu piel: de suave ternura, de tibia humedad, blanca pero tostada por el sol. Esa piel que en algunos sitios aparece cubierta de pequeños vellos que le dan aspecto de durazno; la que parece evitar la luz directa, la que agradece la luz cálida y tenue del atardecer. La que refleja solamente los tonos suaves. Tu piel: envoltura de todo lo tuyo, recipiente de tus pasiones e ideas. Fragilidad de azúcar, resistencia de malla de acero, suavidad de pluma, calor de ave, transpiración salada... invulnerabilidad metálica. Frontera de ti. Zona erógena total. Capa flexible que te protege de lo extraño. Piel de suaves pliegues, de extensas llanuras, de elevadas cimas que semejan olas al estallar, de profundas vertientes, de penínsulas y estrechos, de mágicas vegetaciones; de istmos, embocaduras y ríos de aguas de todos colores y densidades. Piel geográfica e histórica. Piel de estremecimientos fríos y calientes; piel que se dobla, que se frunce, que se estira, que se alarga, que crece, que se encoge, que se suaviza o se endurece, que suda o que tiritita, que palpita o que jadea...)

parece caliente y se adorna con aterciopeladas sombras alrededor de tus ojos, en las comisuras de tus labios

(esos labios tropicales. Esos labios polares en ocasiones. A veces mojados por la saliva que tu lengua les lleva al acariciarlos constantemente con dulzura. Labios reseco después de besar; labios flexibles, capaces de acomodarse al beso, al lenguaje, al alimento. Esos labios conectados internamente con tus ojos, porque cuando besas cierras los párpados. Elementos activos en el juego del amor: con palabras, con roces, con caricias... Labios que se adelgazan con la ira, que palidecen de indignación, que se doblan hacia abajo con el llanto, que se colorean y agrandan con la risa; que se abrazan y se sueltan con el habla; que dicen tanto sin pronunciar sonidos. Cristales opacos por donde penetra la luz a tu sangre. Pétalos caleidoscópicos por donde sale el aroma de tu aliento. Suavidad hecha agua, líquido hecho fiebre, torridez hecha seda...)

y en el nacimiento de tu cabello,

(tu pelo: dócil, blando, multicolor; digna corona que ciñe a tu cabeza; elemento activo-pasivo de tu persona; con reflejos de lo que te rodea. Explosión de tonos y conjugación de colores. Tu pelo: hilos de algodón teñidos por el sol, por la miel, por la madera de los bosques, por el color de la tierra húmeda, por el barro; cabello multifacético que te transforma según como lo peines. Tu cabello: brillante como el cristal, terso como el mármol, sencillo como el trigo. Tu cabello: el que luce ordenado cuando no lo ordenas, el que obstinadamente trata de ocultar la mitad de tu cara, el que se ondula con tu risa y se alacia con tu enojo; maravillosa fibra que te hace sensual o ingenua, intelectual o mundana, dulce o dura, coqueta o seria. Tu cabello: el que huele a agua, a limpio, a ti...)

que insiste en caer sobre tu cara.

La música —una música reposada, rítmica, silenciosa— invade el lugar; lucha por desplazar a las palabras sin lograrlo. Avienta el aire, juega con el humo. Me vuelves a ver. Hay algo de culpa en tus ojos,

(tus ojos: inmensos, afligidos, color madera clara; prismas a través de los cuales desmenuzas tus impresiones; lagunas de ternura en las que flota un disco negro. Tus ojos: reflejos de tus reacciones, brillo de tu existencia, matices de tu rostro; cambiantes según la luz de tu interior: vivaces, neutros, melancólicos, inquisitivos, dominantes, juguetones y atentos. Ojos de brillo natural, porque brillan aunque no haya luz. Pozos en los que se esconden las lágrimas. Masas acuosas a punto de derramarse. Mares de madera líquida que hablan por sí solos. Mensajeros ansiosos de hacerse entender. Reflejos de paz interna que con la pluma de tus pestañas escriben palabras y oraciones indescifrables en el aire. Termómetros de tus pasiones, escalas de tus sentidos, medidas de tu querer. Ojos que con un pestañeo borran a las personas, o las elevan. Aguas tranquilas, caudales impetuosos, olas que se rompen al llorar...)

pero también algo de picardía mezclada con tristeza; de satisfacción con llanto. Notas mi mutismo y callas tú también. Sabes que estoy profundamente triste porque te vas, pero también sabes que te comprendo... y para esto las palabras no sirven, no funcionan. O qué quieres que te diga... ¿adiós? No. El adiós es definitivo, terminante, catastrófico. El adiós es tanto y tan no es nada... El adiós suena a eco rebotado en la montaña, sabe a sal, se siente como al trazar una raya en el agua: sabes que lo estás haciendo, pero no lo ves así; es hueco, es fatuo, es como el aire que se siente pero no se mira. Adiós es una dolorosa palabra, un último suspiro, una imagen reflejada. Adiós es cerrar un libro, tachar una página, borrar una estampa, quemar un árbol. Es desaparecer para siempre. Es diluirse en la nada. Es como un entierro. Es esfumarse. ¿Y cómo puedo decir adiós a una parte de mi vida? El hombre es hombre porque tiene memoria. Adiós no. ¿Cómo podré hacerte desaparecer de mí, de lo mío, si lo mío eres tú? Si las cosas, los objetos que me rodean, insisten en nombrarte cada vez que los recuerdo o que los miro... o que los toco o los percibo. Una estrella, un paisaje, unas notas ordenadas en forma de canción o melodía o concierto, un amanecer, una noche, un perfume, una palabra: en todo estás tú. Hay miles de cosas que en mí han adquirido grandes valores sólo porque tú los viste o los tocaste o estuviste cerca de ellos. ¿Y así quieres que te diga adiós? No. Permaneceré mudo, pero no pronunciaré esa palabra descastada.

Tomas tus cigarros, me miras fijamente luchando en tu interior por decirme algo, pero te pasa lo que a mí. Guardas la cajetilla y el encendedor en tu bolsa. Me aprieta fuertemente una mano. Te levantas y desapareces en forma de silueta contra la claridad de la puerta dejándome tu imagen fotografiada en mis pupilas. Tu imagen: sombra imprecisa, película borrosa, estatua de vapor. Fuego fatuo con contornos humanos. Tu imagen que se desvanece cuando sales a la calle y me dejas a mí en este lugar olo-

roso a miles de palabras, en donde el ambiente exuda nostalgia, en donde las notas musicales ascienden por escaleras de humo tratando de acercarse al calor de los focos.

Tu imagen se disuelve entre las luces de los autos. Se disipa con el simple contacto de la atmósfera lluviosa del exterior, con el golpe de las gotas cristalinas que el cielo oscuro deja caer al desgranar las mazorcas de las nubes. Te has ido y has dejado una estela de perfume, de ese que huele a hembra, a campo recién llovido, a savia, a mar al deshacerse contra el acantilado, a té fuerte, a sexo, a lágrima sudada, a transpiración llorada, a licor puro, a ladrillo húmedo, a ti. Hueles mejor cuando no usas perfume, porque tu aroma es joven, sutil, persistente; es un suave afrodisiaco, es el aroma del pan recién horneado, es relajante unas veces y estimulante otras. Tu perfume eres tú que te evaporas al vivir. Te vas deshaciendo poco a poco sin sufrir la muerte.

He quedado con tu recuerdo. Eso es lo que ahora me impulsará. El recuerdo tuyo, tu memoria; tú misma a través de mis sentidos, percepciones y cerebro. Tú misma en mi corazón. El recuerdo de las cosas que hicimos, de las que no hicimos, de lo que hablamos y de lo que callamos, de lo que vimos, lo que visitamos, lo que bebimos, lo que agotamos... Tu recuerdo: imágenes evocadas con prisa, deseando saborearlas íntegramente y una por una, pero sintiendo el temor de que la próxima ya no sea tan clara. Tú hablando, tú besando, tú comiendo, tú bailando, tú platicando en el coche conmigo, tú sintiendo lástima de los perros callejeros y de los niños que venden periódicos a las tres de la mañana, tú... y tus cosas. Y tus acciones. Y tus ideas. Tu figura, cara, voz, busto, manera de fumar, risa, forma de mover labios y lengua al besarme, cerrar de ojos al besarte yo, ternura, mal genio, amor pasión fuerza locura humor inteligencia personalidad tranquilidad paz interior recelo duda inquietud sensualidad curiosidad carácter anhelo superación frialdad errores arrepentimiento éxito cultura jadeo palpitaciones enfermedad salud...

Te has ido. Levanto mi copa a tu recuerdo. Salud.

